

¿Qué podemos conocer sobre Jesús De Nazaret? Algunas consideraciones a la luz de la interpretación histórica de los datos del Nuevo Testamento

Agustín Moreno Molina*

RESUMEN

Jesús, para los cristianos, mucho más que un personaje histórico es el fundamento de la fe que profesan. Pero si bien es cierto que la fe no está sometida a las indagaciones de la ciencia, resulta arriesgado desdeñar sus aportes en el esclarecimiento de la verdad a la que el creyente debe atenerse. Esto resulta particularmente importante en el caso de la vida de Jesús. Sobre la base de las investigaciones en el campo de la crítica histórica y de la exégesis del Nuevo Testamento, presentamos una visión sucinta de la existencia histórica de Jesús, haciendo especial énfasis en los milagros y la resurrección.

Palabras clave: Jesús, evangelios, apócrifos, milagros, muerte, resurrección

What can we know on Jesus De Nazareth? Some considerations to the light of the historical interpretation of data of the New Testament

ABSTRACT

Jesus, for the Christians, much more than a historical character is the foundation of the faith that they profess. But although it is certain that the faith is not subjected to the inquiries of the science, it is chancy to scorn its contributions in the clarification from the truth to which the believer should abide. This is particularly important in the case of Jesus' life. On the base of the investigations in the historical critic's field and of the exegesis of the New Testament, we present a succinct vision of Jesus' historical existence, making special emphasis in the miracles and the resurrection.

Key words: Jesus, gospels, apocryphal, miracles, death, resurrection

* Investigador del CIFIH UCAB. Profesor Asociado en las Facultades de Ingeniería y Humanidades y Educación de la UCAB. Correo electrónico: agmoreno@ucab.edu.ve

El problema de las fuentes

El título del presente ensayo puede suscitar cierta incomodidad. ¿Acaso no está en los evangelios todo lo que podemos saber acerca de Jesús? Hoy podemos decir, gracias a los avances de la investigación que no todo el Nuevo Testamento es "histórico" en el sentido técnico de la palabra. Ciertamente aquellos textos, de hace dos mil años, están cargados de contradicciones, interpolaciones y omisiones que los hacen aparecer cuando menos confusos. Sin embargo, la desconfianza o descalificación *a priori* resulta tan ingenua como la aceptación pasiva, como si se tratara de verdades inobjectables. Los evangelios son en primer término, el testimonio de fe de quienes escribieron, y desde luego, "interpretaciones" o "lecturas" de unos hechos ocurridos en un tiempo y espacio determinado. La pluralidad de las versiones es tan evidente como las distintas manos que los redactaron, de modo que al decir "quienes escribieron" estamos haciendo una simplificación enorme. En realidad tales relatos no provienen de un único testigo creyente, sino de muchos, y no de una, sino de varias comunidades cristianas; y quienes pusieron por escrito el material llegado hasta hoy, utilizaron redacciones preliminares de tradiciones orales, dirigidas a públicos diversos y con distintos motivos. Marcos, Mateo, Lucas y Juan, los evangelistas, no se corresponden simplemente con personajes de carne y hueso de fácil identificación y los escritos a ellos atribuidos tenían como objeto presentar una única verdad vista desde perspectivas distintas y para, igualmente, distintos lectores. En ningún modo son la fotografía o el documental o el reportaje grabado de lo que pasó en Palestina a propósito de Jesús de Nazaret. Pero tampoco son mitos, porque como bien saben los entendidos en el área, el mito no presupone necesariamente un acontecimiento histórico determinado; y los evangelios, en cambio, surgen sobre la base de hechos que ocurrieron en un momento dado, es decir, acontecimientos históricos. Y fueron contados de esa manera peculiar, no para "informar" como lo haría un periodista, sino sencillamente como testimonios de unos creyentes, con el objeto de conmover y motivar, sobre la base de una experiencia vivencial, a los lectores a creer también¹. Que las narraciones, empero, hayan sido construidas de esa manera y con ese fin no nos exime del intento de llegar hasta los hechos que dieron origen a tales interpretaciones de fe; máxime en estos tiempos cuya mentalidad científica y tecnológica no acepta de buen grado verdades definitivas e inamovibles.

¹ Edward Schillebeeckx: *Jesús. La Historia de un Viviente*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1981, p. 38

Ese es el objeto de la crítica histórica y ése es el camino que pretendemos emprender ahora.

La importancia de los evangelios

Como suele ocurrir con la mayoría de los fundadores de religiones (Moisés, Buda, Mahoma), la vida de Jesús apenas está documentada en el sentido moderno del término. La disputa de si fue un personaje histórico o un mito ya fue suficientemente debatido en el siglo XIX por la historiografía liberal; y hoy tal problemática resulta francamente irrelevante. La existencia de Jesús está consignada, aunque deficientemente por algunos escritores paganos², y decimos "deficientemente" porque las fuentes utilizadas no son de primera mano, ni distintas a las de los mismos evangelios o a la tradición de las comunidades cristianas esparcidas por el Imperio romano. Podemos mencionar a Flavio Josefo (hacia el año 93), a Plinio (en el año 112), a Tácito (hacia el año 116) y a Suetonio (hacia el año 120). En cuanto a los textos no evangélicos del Nuevo Testamento (las cartas de Pablo), si bien hablan de Jesús, no nos proporcionan detalles de su "vida terrena". Los cuatro evangelios (Mateo, Marcos, Lucas y Juan) son, en fin de cuentas, las principales fuentes "históricas" sobre la vida y obra de Jesús. La autoridad y autenticidad de esos escritos no proviene exclusivamente del hecho de haberlos aceptado desde el inicio la comunidad cristiana como los únicos. Por las obras de los Padres de la Iglesia³ se infiere que algunos de aquellos evangelios por largo tiempo estuvieron sin ser aceptados en un estatus distinto al de otros escritos; y únicamente después de muchos años vino a ser reconocida su autoridad. Esos otros escritos los conforman una multitud de textos redactados en los dos primeros siglos, a los que se les llamó evangelios "apócrifos". El término amerita una breve explicación porque admite diversos sentidos. En griego significa "secreto" y se usó en aquellos tiempos para indicar los libros cuya lectura requería una iniciación especial por su lenguaje hermético; los libros aconsejados para una lectura privada, distinta a la que se hacía con los libros canónicos⁴; los de autores desconocidos, y los que contenían errores doctrinales. Muchos de esos escritos apócrifos tenían el co-

² El término no es modo alguno despectivo, y se aplica a los escritores que no pertenecen al mundo cristiano.

³ Se inscriben en esta categoría todos los escritores cristianos ortodoxos y heterodoxos entre los siglos I y VII.

⁴ Los que estaban inscritos en un "canon" o lista de libros inspirados por Dios: los cuatro evangelios, las epístolas de San Pablo, las Cartas católicas y el Apocalipsis.

metido de llenar los huecos o vacíos biográficos de Jesús, relativos a su nacimiento, obra y muerte. Generalmente repetían infinidad de veces anécdotas iguales o parecidas y series interminables de milagros, que dicho sea de paso, diferían notoriamente de las narraciones canónicas por la machacona ingenuidad y lo estrambótico de las situaciones. A ellos se debe la presentación de María en el templo, el voto virginal de María y su boda con un José anciano, la historia de la vara florida, los milagros durante la huida a Egipto, el Jesús sabelotodo y consciente de ser Dios desde niño, entre otros cuentos "edificantes" de los que el cristianismo no pudo sacudirse por completo. Como ejemplo están el *Evangelio de los egipcios*, el *Protoevangelio de Santiago* y el *Evangelio de Pedro*. Entre los que exponían doctrinas heterodoxas, se encuentra el *Evangelio de los Ebionitas*, por la negación de la humanidad de Jesús; el *Evangelio de Tomás*, por su origen maniqueo y gnóstico; el *Evangelio de Matías*, que narra algunas enseñanzas secretas de una supuesta revelación hecha a Matías por Jesús. Esos textos se conocen en la actualidad gracias a los descubrimientos en Nag-Hammadi (Egipto) en 1945, de los que se han hecho estudios y traducciones a las lenguas modernas. Cabe reseñar en este momento el alboroto mediático por la divulgación del contenido de un escrito seguramente del siglo III y del que se tenían noticias gracias a la mención de su existencia por Ireneo de Lyon⁵ y Epifanio de Salamina⁶. Se trata del *Evangelio de Judas*, encontrado en Egipto en 1978. Según ese escrito, apenas traducido parcialmente hasta ahora, después de un rocambolesco periplo, Judas no es el traidor sino el depositario de una revelación secreta de Jesús⁷. En efecto, el documento proviene de la secta gnóstica de los "cainitas", llamada así por su exaltación de Caín y demás adversarios del Dios del Antiguo Testamento, y por su veneración a Judas, quien por haber entregado a Jesús obedeciendo a las propias instrucciones de éste, era superior al resto de los apóstoles⁸.

5 *Adv. Haer.*, I, 31, 1. Traducción al italiano por E. Bellini, tomo I, Casale Monferrato, Editrice Marietti, 1983, pp. 16-17

6 Entre sus obras se encuentra el *Panarion*, una especie de enciclopedia de errores del cristianismo primitivo.

7 Andrew Cockburg, "El Evangelio según San Judas", pp. 2-19, *National Geographic en Español*, mayo 2006. El texto parcial: *El Evangelio de Judas*, Editado por Rodolphe Kassser, Mervin Meyer y Gregor Wurst, National Geographic Society, 2006

8 *Dizionario Patristico e di Antichità Cristiane*, tomo I, Casa Editrice Marietti, Casale Monferrato, 1983, col. 564-565 (existe traducción al castellano)

De cualquier modo, la comunidad cristiana primitiva enfrentó enormes dificultades para no dejarse envolver por esa verdadera invasión de teorías y doctrinas que distorsionaba, en lugar de aclarar, la historia de Jesús⁹.

El Jesús histórico

“Es imposible escribir una vida de Jesús”. Ése fue el título de una tesis presentada a comienzos del siglo XX en la Universidad de Berlín¹⁰. La validez del título sigue hoy incólume a pesar del optimismo que inspiran las últimas investigaciones históricas, pues aún continúan muchas lagunas sobre el carácter, la personalidad, la conciencia de sí y las propias palabras que Jesús pronunció¹¹. Como hemos indicado antes, los textos evangélicos no pueden asimilarse, por su género, a las obras históricas. Por fortuna, sin embargo, gracias a los conocimientos arqueológicos, lingüísticos y socio-culturales disponibles hoy, muy superiores a los de épocas pasadas, podemos reconstruir en lo esencial, lo que fue la existencia terrena de Jesús.

Es discutible si nació en Belén o Judá o en Nazaret de Galilea, pues el lugar que dicen los evangelios es un dato interpretativo por el significado de “Belén” en la predicación profética respecto al nacimiento del Mesías¹². Tampoco conocemos la fecha exacta de su nacimiento. Herodes el Grande¹³ murió el año 4 a. C., y el censo de Quirino tuvo lugar, según lo eruditos, por los años 6-7 d. C., como lo recuerda el propio autor de los *Hechos de los Apóstoles* durante una circunstancia que dio origen a un grupo de guerrilleros y terroristas encabezados por un tal Judas Galileo¹⁴. Es probable que

9 Manglio Simonetti: *La letteratura cristiana antica greca e latina*, Milano, Edizione Accademia, 1988, pp. 47-53

10 José Ignacio González Faus: *Acceso a Jesús*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1985, p. 44

11 Sobre el tema: Jeremias Joachim: *Palabras desconocidas de Jesús*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1990

12 Por ejemplo, en el segundo libro de Samuel (22,51) un rey de la casa de David (quien era de Belén) establecerá la justicia y el juicio y obtendrá la salvación de Israel. El profeta Isaías atribuirá caracteres divinos a dicho Mesías (Is. 9,5-6; 11,1-10).

13 Este rey, a quien se le atribuía el título de “Grande”, seguramente por las numerosas obras arquitectónicas que emprendió, era idumeo de origen, de tendencia pagana y reinaba por la gracia de César Augusto. Fue una figura mal vista por los judíos devotos y por quienes sentían el orgullo nacional pisoteado.

14 El historiador Flavio Josefo reseña el hecho en su obra *Antigüedades judías*, XVIII, 1 y 6. Citado por Raymond Brown: *El nacimiento del Mesías. Comentarios a los relatos de la infancia*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1982, p. 435

Jesús haya nacido poco antes de la muerte de Herodes¹⁵. La primera noticia histórica cierta es que fue bautizado por Juan Bautista, el hijo de Zacarías, pues todos los textos hacen alusión al acontecimiento. Aunque nada sabemos sobre cómo entró en contacto con Juan o qué le motivó a buscarlo en el valle del Jordán, pues éste, a diferencia de Jesús, no recorría el país. El mensaje religioso del Bautista debió producir en Jesús una fuerte impresión, al punto de hacerse bautizar, acto que no se explica como un gesto de mera condescendencia sino como una experiencia reveladora y decisiva¹⁶. Quizás participó en la actividad bautista de Juan, aunque no existe prueba de ello. Pero una vez que Juan fue puesto en prisión por Herodes, Jesús comenzó su propia predicación en Galilea llevando consigo algunos de los discípulos de aquél. Esa separación hace pensar en algunas diferencias entre la predicación de ambos maestros, por lo que se deja ver en algunos textos evangélicos. Mientras Juan anuncia que la "ira de Dios está cerca"¹⁷, Jesús proclama la inminente irrupción del Reino de Dios, pero no de forma estruendosa sino como una semilla de irresistible poder, depositada por Dios en el corazón de los hombres. El lapso de tiempo de su ministerio o vida "pública" tampoco goza de precisión; estaría enmarcado a lo largo de un año (29-30) o máximo dos (28-30), por la información que se colige de los mismos evangelios. Vivió en Palestina, sobre todo en Galilea, concretamente en Cafarnaún junto al lago; así como en Jerusalén, la capital de Judea. Los evangelios no presentan evidencia alguna de que Jesús fuera casado y el texto de Mt 19,10-12 viene en defensa de la condición de vida célibe. El judaísmo de la época consideraba que el único canal para las relaciones sexuales era el matrimonio, y afirmaba que la prohibición de una conducta sexualmente inmoral formaba parte de las enseñanzas de la *Torá*¹⁸. La abstención perpetua de las relaciones sexuales no era habitual, aunque históricamente se ha dado en

15 Desde los tiempos de Johannes Kepler, en el siglo XVIII, se hicieron numerosos estudios astronómicos sobre los peculiares fenómenos de cuerpos celestes que tuvieron lugar en la década anterior al nacimiento de Jesús. El mismo Kepler observó en 1604 la conjunción de los planetas Júpiter y Saturno. Entre los planetas visibles éstos son los más lentos en su órbita alrededor del sol. Júpiter realiza una cada 12 años y Saturno cada 20 años, y al cruzarse, aunque estén muy al norte o al sur el uno o el otro, se dice que están en conjunción. Mucho más raramente sucede que un tercer planeta, Marte, pase durante la conjunción de los otros dos o poco después. Kepler calculó que eso se repite cada 805 años y que había sucedido en el año 7 o 6 a. C. De ahí se deduce el dato del evangelio de Mateo respecto a la estrella que observaron los magos de oriente. Ver: Pierre Bonnard: *Evangelio según San Mateo*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1976, pp. 40-41

16 Edward Schillebeeckx: *op. cit.*, p. 105

17 Mt 3,1-12

18 En sentido estricto era como se denominaban los primeros cinco libros de Moisés, el Pentateuco. Pero ampliamente el término servía para designar todo el Antiguo Testamento.

algunos casos excepcionales como en la secta de Qumrán llamada los "esenios"¹⁹.

Jesús aparece como un rabino y al mismo tiempo como un profeta; enseña en las sinagogas, pero también a en medio del campo, al borde del lago, del camino, en las casas. Critica el rigorismo y la estrechez de algunos fariseos, pero se niega a realizar las aspiraciones revolucionarias del partido (secta) de los zelotas y de ciertos sectores del pueblo²⁰. No hace derivar su autoridad de la tradición; de personajes consagrados o de la Ley sino de su propia persona que manifiesta la voluntad de Dios. Penetra los sentimientos de sus interlocutores, desarma serenamente las objeciones, se escurre a las trampas que le tienden sus adversarios, y deja que todos se le acerquen, preferentemente los "pobres", los niños, las mujeres, los desheredados, los despreciados por la religión oficial, los pecadores y los detestados publicanos o recaudadores de impuestos. Con el fin de extender su acción, reúne en torno a sí un grupo de discípulos, eligiendo de entre ellos a doce más cercanos, en recuerdo del número de las tribus de Israel.

El conjunto de sus acciones, muchas de ellas contrarias a la tradición judía, choca con la incompreensión popular y con la sospecha envidiosa de los sectores conservadores y de los jefes religiosos. Se gana además la ojeriza del sinuoso Herodes Antipas (el mismo que hizo decapitar a Juan). Deja por última vez Galilea y se traslada a Jerusalén, donde hace su entrada triunfal.

El episodio de la expulsión de los vendedores del templo, constituye un acto de violencia que lo arrastra a un conflicto con las autoridades saduceas (otro de los grupos sociales de Israel) y con los fariseos. Ello provoca que se tome la decisión de poner fin a su actividad y de utilizar para tal propósito a Judas, el traidor. Algunos días más tarde, después de una cena durante la cual se despide de sus discípulos, anuncia simbólicamente su muerte con las palabras y gestos de la "eucaristía" (la fracción del pan durante la cena). Es arrestado, probablemente por una guardia romana y es interrogado por los jefes judíos, que lo juzgan digno de muerte

¹⁹ Esta secta, curiosamente, no es mencionada por los evangelios canónicos ni por los apócrifos. Fue conocida a través de los relatos de Filón de Alejandría y Flavio Josefo. Gracias a los descubrimientos de Qumrán en el Mar Muerto se conoce más de dicha agrupación. El autor H. C. del Médico (*El Mito de los Esenios*, Taurus, Madrid, 1960) intentó demostrar, sobre la base de los pocos documentos que los mencionan, que se trata de interpolaciones del cristianismo primitivo.

²⁰ Sobre este punto todavía sigue siendo aprovechable Gerd Theissen: *Sociología del movimiento de Jesús. El nacimiento del cristianismo primitivo*, Santander, Sal Terrae, 1979.

por haber blasfemado arrogándose una dignidad divina²¹. Seguidamente es entregado al prefecto Pilato, quien lo considera un agitador por haber alterado el orden público presentándose como Rey de los Judíos. Presionado por el poder religioso, Pilatos condena a Jesús a ser crucificado luego de la flagelación de rigor según la costumbre romana.

El sentenciado por sedición muere en la cruz un viernes y es sepultado según la práctica judía. Pasado el sábado los discípulos encuentran la tumba vacía y marchan a proclamar que Jesús había resucitado y se les había aparecido.

El eje de la predicación de Jesús

No tuvo una formación rabínica, ni asistió a la escuela de algún renombrado maestro. Sin embargo, es de suponer que asistiera a la escuela sinanogal, que sin duda habría en Nazaret, como en la mayoría de las aldeas de Palestina.

El núcleo del mensaje de Jesús es una buena noticia: "el Reino de Dios está cerca". A los oídos de los judíos, el "Reino de Dios" no era una expresión lejana. En los textos sagrados, que nosotros denominamos "Antiguo Testamento", el concepto estaba asociado a la idea de una intervención de Dios a través de su Mesías. Con el tiempo el "Reino de Dios" se convirtió en un recuerdo nostálgico y en una categoría mental con varios significados. Para unos evocaba la presunta restauración política con la liberación de la esclavitud romana. Para otros la transformación de orden espiritual. Con uno u otro significado, esas palabras se repiten en no menos de cinco bloques de tradiciones, primero orales y luego escritas que dieron origen a los textos canónicos. Aparece 14 veces en el evangelio de Marcos, 50 en el de Mateo y unas 40 veces en Lucas. Juan la utiliza poco, así como el resto de los escritos del Nuevo Testamento²².

Jesús no aclaró ni describió el Reino de Dios en términos teóricos o doctrinales. Daba por sentado que el concepto era conocido por sus contemporáneos. En la tradición judaica del Antiguo Testamento, el Reino de Dios se concebía como la presencia de Dios de

21 Raymond Brown: *El Evangelio según San Juan*, tomo II, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1979, p. 1206

22 Sobre el tema, el ya clásico libro de Rudolf Schannackenburg: *Reino y Reinado de Dios*, Madrid, Ediciones Fax, 1967, especialmente las pp. 65-195

modo intrahistórico e inmanente²³; pero al mismo tiempo en sentido trascendente de una esperanza en el más allá, en conexión con el *Mesías* que habría de venir. Jesús retomó esa expectativa cuando predicó que Dios estaba a punto de instaurar de manera definitiva su reinado. Sin embargo, introdujo una modificación: el reino de Dios no se halla ligado a épocas, a lugares sagrados, ni tampoco se circunscribe, de manera esotérica y sectaria, a un "resto" predestinado de Israel. Mediante sus acciones milagrosas, Jesús presenta a Dios como Padre misericordioso que ama y perdona los pecados sin ningún género de discriminación; que trae la salvación al hombre en toda su integridad, en lo espiritual arrancándolo del dominio de Satanás e insertándolo en el amor y la justicia; y en lo material, haciendo suyos los problemas de los desheredados, de los extraviados, de los humillados²⁴. La razón de llegar preferentemente a estos sectores de la población obedece a la mentalidad reinante según la cual no podían confiar en sus propios merecimientos ante Dios para conseguir el Reino. Jesús los llama precisamente porque están más abiertos al don o regalo que se les entrega. De ese modo ofrecía, al mismo tiempo, una nueva imagen de Dios. Dios no era el juez que dictamina con justicia absoluta si el hombre ha merecido su favor con su actuación, sino que Dios es el Padre que se entrega y se regala a cada ser humano con su amor incondicionado. De ahí que el anuncio de Jesús sea un "evangelio", es decir, una buena noticia.

Los milagros de Jesús

Durante los tres primeros siglos de nuestra era, los milagros no fueron objeto de discusión. Para los escritores, aun los de la cultura clásica y para los teólogos, la intervención de un ser sobrenatural no generaba ruido. Se reconocía o negaba la intervención divina en una determinada circunstancia pero no se dudaba de su posibilidad. El milagro era un fenómeno excepcional, relacionado con un poder que superaba toda capacidad humana. Cuando las ciencias naturales pusieron en tela de juicio la posibilidad del milagro se produjeron varias reacciones: la racionalista fue una. Denunciaba la imposibilidad del milagro, por ser contrario a la naturaleza, cuyas leyes eran inviolables. San Agustín, quien paradójicamente resulta muy cercano al espíritu moderno, intuyó que los hombres nunca podremos hablar con demasiada seguridad de

²³ Is 52; Zac 14,9; Abd 21

²⁴ Lc 6,20

algo como "contrario" a la naturaleza, sino en todo caso, como contrario a nuestro conocimiento de ella; y por eso casi siempre que habla del milagro aclara: "no ocurre contra la naturaleza sino contra lo que nosotros conocemos de ella"²⁵.

El filósofo Baruch Spinoza dirá que el milagro es imposible porque suponerlo posible es un sacrilegio, pues con ello se acusa a Dios de romper lo que él mismo ha establecido; y si Dios, a pesar de todo, sigue siendo una evidencia casi matemática, y es captable en lo común, ¿para que buscarle en lo insólito?²⁶ Lo que Spinoza preconizaba en aras de su panteísmo, Voltaire lo sostendrá en nombre del deísmo cuando escribe: "Un milagro, según el rigor de la palabra, es una cosa admirable; en ese caso, todo es milagro. El orden prodigioso de la naturaleza, la rotación de cien millones de globos en torno a un millar de soles, la actividad de la luz, la vida de los animales son milagros perpetuos (...) Atreverse a suponer que Dios hace milagros equivale a insultarle impunemente"²⁷. David Hume, en su obra de 1751 *Enquiry concerning human understanding*, habla de la fuerte propensión de la humanidad hacia todo aquello que le resulta maravilloso y extraordinario. Al ser emociones agradables, la sorpresa y el asombro proporcionan una notable tendencia a creer en los hechos de los que se derivan. Estas pasiones trastornan la regularidad de las operaciones del entendimiento de los hombres, de tal forma que les impiden controlar su incredulidad. Pero este placer que las personas experimentan ante lo que es sorprendente y extraño, y ante la posibilidad de provocar la admiración de los demás contando lo que han visto, creen haber visto o, simplemente, les gustaría haber presenciado, es lo que para Hume debería hacer que cualquier hombre sabio desconfíe de los testimonios que se refieren a esta clase de sucesos²⁸.

Algunos apologetas entendieron que detrás de esas posiciones, que en el fondo obedecían a una determinada imagen de Dios, se encontraba un ataque al mismo Dios, y defendieron vigorosamente la existencia de los milagros como "hechos divinos" que todo cre-

25 *De Civitate Dei*, XXI, 8,2, en: *Obras de San Agustín*, tomo XVIII, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), 1965, p. 775

26 La proposición XXXIII de la *Ética* de Spinoza (Barcelona, Orbis, 1984, p. 82) dice lo siguiente: "Las cosas no han podido ser producidas por Dios de ninguna otra manera y en ningún otro orden que como lo han sido".

27 *Dictionnaire philosophique*, en: *Oeuvres complètes XIV*, Paris, 1880, pp. 200-201

28 Citado por Gerardo López Sastre: "David Hume y el carácter no razonable de la ciencia en la verdad del cristianismo", en: J. Gómez Caffarena, y J. M. Mardones, (Coord.): *La Tradición Analítica. Materiales para una filosofía de la religión*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Anthropos, 1992, p. 64

yente debe reconocer como pruebas decisivas de lo sobrenatural y de la verdad de la religión. La ciencia no puede compartir, desde luego, ese punto de vista y es por eso que muchos científicos renuncian por completo a la posibilidad de la existencia de tales prodigios²⁹. Llegados a este punto, para abordar desde la perspectiva histórica el tema de los milagros de Jesús, hay que situarse en el contexto y relacionarse con la manera cómo en aquellos tiempos se organizaban el "saber" y el "creer". Esa disposición, evidentemente, era muy distinta a la que tenemos ahora en el mundo Occidental, como insinuamos antes. En el siglo I, que es el tiempo de Jesús, el saber por transmisión desempeñaba un papel fundamental. Pasar la información sobre un hecho generalmente de modo oral, lo acreditaba como verdadero saber indiscutible. Hoy no ocurre igual, pues los saberes, para que se les considere como tales, deben someterse a la verificación. En aquella época la "tradición" era de por sí una autoridad. No es extraño, entonces, que se establecieran como verdaderas ciertas creencias populares, y que los "historiadores" las consignaran para la posteridad tal como las había recogido. En ese contexto la manifestación de los dioses (o de "Dios", entre los judíos) y de los demonios constituía un elemento esencial en la historia de los hombres. La creencia en la intromisión de fuerzas del "más allá", por decirlo de modo sencillo, era generalizada. Historiadores clásicos como Herodoto, Tucídides, Polibio y Plutarco reconocían la acción de la divinidad en los acontecimientos humanos, cuando hablaban de "providencia" (*prónoia*), "venganza" (*némesis*), e incluso "fortuna" (*tyché*). Representaban de manera diversa las intervenciones divinas mediante oráculos, sueños, visiones y hechos extraordinarios; aunque a veces ponían en duda fábulas locales, y los relatos propiamente de milagros de curación eran bastante raros, acaso por el propósito de escribir una historia general sin detenerse en anécdotas particulares, si bien esos autores mostraban su reticencia frente los milagros físicos³⁰. Por ejemplo, Plutarco desmitifica las estatuas de madera o de piedra que, según creencia popular, derramaban lágrimas y sangre o emitían un rumor parecido a un gruñido o rugido. Este fenómeno —decía— no tiene nada de milagroso; se produce por el efecto del moho o de

29 No obstante, como la ciencia es incapaz de dar respuesta convincente a problemas que no son de su competencia, no será imperativo avocarse a una explicación apologética o a un rechazo en nombre de la racionalidad como únicas alternativas posibles. El camino puede quedar abierto, sin que choquen o se crucen los ámbitos de la ciencia y de la fe. El examen científico reconocerá las condiciones religiosas previas y el prodigio se declara inexplicado pues entra en un ámbito en el que la ciencia no tiene la última palabra, como tampoco la tiene para explicar el valor artístico de una obra respecto a otra, por ejemplo.

30 Augustin George, "Milagros en el mundo helenístico", en: Xavier Dufour-Léon (Ed.): *Los milagros de Jesús*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1979, pp. 103-104

la dislocación interna de las estatuas. ¿Cómo un objeto sin alma podría emitir palabras humanas?³¹

Bajo esas premisas se entiende entonces que la enfermedad o la posesión demoníaca, durante el siglo I pertenecieran a un terreno que hoy se encuentra separado: el médico y el religioso. Aunque, al parecer, en Palestina se había extendido la medicina desarrollada entre los griegos, sin chocar con la mentalidad que atribuía las enfermedades a los demonios o a los espíritus, o que éstas pudieran estar en relación con el pecado, tal como vemos en el evangelio de Juan a propósito del ciego de nacimiento: "¿Quién ha pecado para que éste naciera ciego, él o sus padres?"³². La piscina llamada Betesda, era probablemente, según el resultado de las excavaciones arqueológicas, el lugar de culto al dios curador Serapis; y estaba situada muy cerca del Templo, al noroeste del edificio, y respondía a la creencia ancestral de que los dioses curaban³³.

El mundo helenista no estaba al margen de la creencia de dioses que curaban, como tampoco de que ciertos sabios tenían el poder de hacer milagros. Ahí están los casos de Epiménides de Cnossos (s. IV), de Pitágoras (s. VI) y del célebre Apolonio de Tiana, pitagórico del siglo I, casi contemporáneo de Jesús. La vida de este filósofo fue contada por Filóstrato a comienzos del siglo III. No es imposible que dicha obra estuviera orientada, en ciertos pasajes, por el deseo de mostrar en Apolonio un equivalente "pagano" al fundador del cristianismo³⁴. En todo caso, la vida de Apolonio es una fuente de primer orden para estudiar la manera como se presentaban los milagros en el mundo helenista. Es menester aclarar, sin embargo, que si bien es cierto que la creencia en milagros estaba muy difundida en las diversas capas de la sociedad, existían corrientes de pensamiento que mostraban una clara tendencia a rechazarlos, proponiendo explicaciones naturales. El médico Hipócrates, por ejemplo, excluía los milagros en el desarrollo de su ciencia.

Desde la perspectiva religiosa, en el judaísmo palestino, aquel que conoció Jesús de Nazaret, el milagro no constituía un acontecimiento que escapase al gobierno ordinario de Dios. Todo lo contrario, era la plena manifestación divina entre sus criaturas; es

31 Citado por Simon Légasse, "El historiador en busca del hecho", en: Xavier Dufour-Léon (Ed.): *op. cit.*, p. 110

32 Jn 9,2

33 P. M. Beaude: *Jesús de Nazaret*, Madrid, Edit. Verbo Divino, p. 156

34 Una selección de dicha obra de Filóstrato en José Ignacio González Faus: *Clamor del Reino. Estudio sobre los milagros de Jesús*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1982, pp. 175-212

decir, el signo de su benevolencia sobre los seres humanos. Los milagros narrados en el libro del Éxodo, como el paso del mar Rojo, el don del maná y la entrega de las tablas de la Ley en el Sinaí habían adquirido tal relevancia, que los predicadores le dieron tanta importancia como a la fundación de pueblo judío, y proyectaron esos signos de la bondad infinita de Dios a los tiempos mesiánicos. Dicho en otras palabras: según la creencia en los días de Jesús, cuando se cumplieran las profecías y viniera el Salvador o Liberador, éste tenía que realizar a su vez "signos", o sea, milagros como los del Antiguo Testamento. En todo caso, en la mente de los judíos del siglo I, quien reivindicara el título de "profeta" o "mesías" estaba obligado a realizar milagros como los de Moisés o Josué. Por eso algunos relatos del Nuevo Testamento evocan los milagros del Éxodo. Tal es el caso de la multiplicación de los panes y de la marcha de Jesús sobre las aguas, que recuerdan al maná y la travesía del mar Rojo³⁵.

Sin embargo, no todos los judíos del tiempo de Jesús reconocían un hecho maravilloso como obra de Dios. Para los "escribas" de tendencia farisaica, los milagros podían emanar del demonio. Ellos desconfiaban de la magia; y la condición para que un milagro fuera obra divina, era que no redundase en la gloria personal del taumaturgo, por cuanto éste no era más que un servidor de Dios. Con los exorcismos el asunto era distinto: exigían las mismas reglas de prudencia, por la posibilidad de la intervención de la magia; pero la eficacia imponía fuerza de ley, pues todo lo que pudiera favorecer la expulsión de los demonios era aceptado *a priori* como bueno.

¿Qué pensaban los evangelistas sobre la verdad de los milagros de Jesús? Lo que salta a simple vista es el lugar privilegiado que ocuparon éstos, junto a los exorcismos. Eran signos de la presencia del Reino de Dios. Hechos y no palabras. Atestiguaban la convulsión que la predicación del Reino llevaba a cabo en todos los terrenos, incluso en el de los espíritus y los cuerpos: "Si expulso los demonios por el dedo de Dios, es que ha llegado a vosotros el reino de Dios"³⁶. Es evidente entonces la existencia de una tradición sobre la vida de Jesús de la que formaba parte su actividad milagrosa. Y contrariamente al judaísmo, para el que los milagros eran atribuidos a Dios y no al exorcista o taumaturgo, Jesús los lleva a cabo por su propia autoridad.

³⁵ Mc 6, 30-52

³⁶ Lc 11,20

En los textos se distinguen dos tipos de milagros: por una parte las curaciones, a las que añadimos los exorcismos y las resurrecciones³⁷; y por otra, los milagros sobre la "naturaleza" tales como la tempestad calmada³⁸, el paseo sobre las aguas³⁹, la multiplicación de los panes⁴⁰, la higuera seca⁴¹, la conversión del agua en vino⁴² y la pesca milagrosa⁴³. En el primer grupo, el beneficiario directo del poder de taumaturgo es la persona; mientras que en el otro, ese poder actúa sobre las realidades del mundo natural, no humano. Este segundo tipo de milagros era ampliamente difundido por la literatura hagiográfica, no sólo por la de origen judío, sino también por la procedente de otros ámbitos culturales⁴⁴. Detrás de ellos se esconde un simbolismo que no se puede echar al olvido. Por ejemplo: el relato de la pesca milagrosa, independientemente de su verdad histórica, es portador de un profundo significado para los discípulos, por la función novedosa y superior que les incumbe en lo sucesivo de cara a la misión que el Maestro les encomienda. En la multiplicación de los panes, está presente el recuerdo del maná en el desierto y el papel de Jesús como dispensador de la salvación definitiva; y el vino de las Bodas de Caná evoca el banquete del fin de los tiempos, con sus claras reminiscencias al profeta Isaías. No es raro, desde luego, que la tradición cristiana no viera inconveniente en inspirarse en un acervo común a múltiples sectores de la humanidad, para explicar realidades cuya comprensión resultaba difícil sin algún tipo de ejemplificación.

En los milagros donde Jesús aparece como exorcista y curador, la mentalidad proclive a la aceptación de tales relatos, entre judíos y otras culturas del entorno, como indicamos antes, no es prenda de una certeza histórica. Los evangelios, los documentos del mar Muerto (Qumrán) y los Hechos de los Apóstoles abundan en ejemplos, que nos dan a entender que Jesús ejercía esas prácticas, quién sabe si atribuidas éstas más a la mano de los redactores, que a hechos históricos para, armonizando con la mentalidad im-

37 El endemoniado de la sinagoga: Mc 1, 21-28; Lc 4, 31-37; los diez leprosos: Lc 17, 11-19; el hipocondríaco: Lc 14, 1-6; la mujer encorvada: Lc 13, 10-17; el hijo de la viuda: Lc 7, 11-17; el ciego de Betsaida: Mc 8, 22-26; el sordomudo de la Decápolis: Mc 7, 31-37

38 Mc 14, 35-41; Mt 8, 23-27; Lc 8, 22-25

39 Mc 6, 45-52; Mt 14, 22-23; Jn 6, 16-21

40 Aparece en los cuatro evangelios: Mc 6, 31-44; Mt 14, 13-21; Lc 9, 10-17, y Jn 6, 1-13

41 Mc 11, 12-14; 20-24; Mt 21, 18-22

42 Jn 2, 1-11

43 Lc 5, 1-11; Jn 21,1-14

44 Ver Francesco Masetto: *I miracoli evangelici nel dibattito tra Celso e Origine*, Roma, LAS, 1986

perante, presentar a un Jesús dotado de poderes sobrenaturales. El argumento resulta débil si se pretende utilizar para negar la existencia de los milagros. Éstos, en realidad, no son lo más resalante de las acciones de Jesús; y según los estudiosos, la redacción de dichos relatos es tardía respecto a otros materiales que sirvieron de base a los evangelios. En consecuencia, nada obligaba a presentarlo con esos rasgos; y ninguno de los títulos que la comunidad primitiva adjudicó a Jesús, tales como "Señor", "Hijo de Dios", "Ungido" (Cristo) y "Mesías", implicaba que se le considerase como un taumaturgo que ejerció su poder sobre posesos y enfermos. Tampoco estaban los discípulos dispuestos a colocar a su Maestro entre los curanderos milagreros, como hizo Filóstrato con la vida novelesca de Apolonio de Tiana, al que se le atribuyeron una veintena de portentos. Por otra parte, no es que Jesús utilizara los milagros para "convencer" a sus oyentes y seguidores, sino al contrario, primero les exigía la fe o al menos el deseo de obtenerla para sí o para otra persona. Donde Jesús no encontraba fe "no podía hacer ningún milagro", dice el evangelio de Marcos⁴⁵. En otro lugar, el mismo evangelista lo presenta negándose a hacer los signos que le piden⁴⁶. Estas dos actitudes, de impotencia y de rechazo, indican claramente que la actividad taumatúrgica se movía en el marco de un proyecto determinado. El milagro tenía que desembocar en el descubrimiento del misterio del Reino en la persona misma de Jesús; y la fe era necesaria para ese descubrimiento.

Entonces, ¿hizo Jesús realmente milagros? Como respuesta preferimos traer un breve texto de Rudolf Bultmann, uno de los más connotados exegetas del Nuevo Testamento: "La comunidad cristiana estaba convencida de que Jesús había hecho milagros, y narraba de él multitud de historias maravillosas. La mayoría de esos relatos que se contienen en los evangelios son legendarios, o por lo menos tienen adornos legendarios: Pero no cabe la menor duda de que Jesús ha realizado actos, que en su concepto y en los de sus contemporáneos, eran milagros, es decir, que debían explicarse por una causalidad sobrenatural y divina. No cabe duda de que Jesús curó enfermos y expulsó demonios"⁴⁷. La Iglesia primitiva - afirmamos nosotros - lejos de inventar, se limitó a conservar el recuerdo de uno de los aspectos esenciales de su fundador. Otra cosa distinta es analizar lo que aquellas personas entendían por

45 Mc 6, 5

46 Mc 8,12

47 Citado por Wolfgang Trilling: *Jesús y los problemas de su historicidad*, Barcelona, Herder, 1975, p. 115

milagros, a la luz de los adelantos operados en el campo de la medicina actual. Seguramente muchos de aquellos "prodigios" tendrán una explicación racional, sin que ello ponga en tela de juicio la intención de la comunidad de creyentes.

Después de la muerte

Contrariamente a lo que ocurre con cualquier personaje histórico, con la muerte Jesús no llega al final de su camino⁴⁸. Ésa es precisamente la piedra de toque del cristianismo, y ello no sólo porque se refiera de manera determinante a un acto de aquél que constituye el centro de la profesión de fe cristiana, sino porque con un desenlace normal y corriente no habría habido jamás – o no habría – cristianismo, religión cristiana o confesión cristiana. Si nadie hubiera creído en la resurrección de Jesús, éste habría sido considerado, a lo sumo, como un profeta extraordinario, particularmente interesante, o como un rabino ejecutado por haberse metido en asuntos de religión y política. No se le habría conocido jamás como el "Cristo", es decir, como el Ungido, verdadero salvador de la humanidad e Hijo de Dios.

El exegeta de origen protestante Joachim Jeremias observa que el problema literario más llamativo para los estudiosos es la gran diferencia entre las narraciones de la pasión y muerte y las de la resurrección. Las primeras tienen una sólida armazón de tradiciones comunes, a saber: entrada en Jerusalén – última cena – Getsemani – detención – comparecencia ante el Sanedrín – negación de Pedro – historia de Barrabás – condenación por Pilato – crucifixión – entierro – tumba vacía. Pero en la historia de la resurrección la cosa es muy distinta. A lo sumo se puede hablar de una armazón común en el siguiente orden de sucesión: sepulcro vacío – apariciones. Por lo demás el cuadro es muy variado, primeramente en lo que atañe a las personas. El resucitado se aparece algunas veces a una sola persona; otra, a una pareja de discípulos; otras veces a un pequeño grupo; y otras a una enorme multitud. Los testigos casi siempre son hombres, aunque también hay mujeres; son miembros de grupos más íntimos de discípulos; otros son seguidores como José y Matías; y también un perseguidor fanático. Lo difícil era tener un par de decenios más tarde una perspectiva de los acontecimientos, y eso lo demuestra el relato más antiguo

48 G. Bornkamm: *Jesús de Nazaret*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1990, p. 191

que poseemos⁴⁹, el de la primera carta a los Corintios escrita hacia el año 57.

Pablo recuerda el "credo" que ha recibido de la tradición. Este credo comprende la muerte, la sepultura, la resurrección y las apariciones: "Os recuerdo, hermanos, el evangelio que os anuncié, que vosotros recibisteis, al que seguís aferrados y por el que seréis salvados si lo conserváis tal como os lo anuncié; de lo contrario habéis creído en vano. Os transmití en primer lugar lo que yo mismo había recibido: Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras. Se apareció a Cefas, luego a los doce. Después se apareció una vez más a quinientos hermanos de los cuales muchos viven todavía y algunos murieron; luego se apareció a Santiago, después a todos los apóstoles; y después de todos, siendo como soy, el abortivo, se me apareció también a mí. Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol porque perseguí a la iglesia de Dios"⁵⁰.

Aunque Pablo parece esforzarse por enumerar todas las apariciones, sin embargo, no lo consigue. Le falta la de María Magdalena⁵¹, o la de las dos Marías⁵². Acaso la omisión podría explicarse porque el testimonio de la mujeres no era apreciado, y la falta de José y Matías por estar incluidos entre los quinientos hermanos. Se echan de menos los discípulos de Emaús⁵³, los siete del lago de Tiberiades⁵⁴ y el encuentro con Esteban⁵⁵. La diversidad de escenarios es tan grande como la diversidad de personas: unas veces suceden al aire libre, otras en una casa, repetidas veces delante de la puerta de la ciudad santa, en el interior de la ciudad, en una aldea, a orillas del lago de Genezaret, en la región montañosa de Galilea, y fuera de Palestina.

¿Cómo se explica esta diferencia estructural entre los relatos de la pasión y las narraciones de las apariciones? ¿Cómo es que los cuatro evangelios siguen el mismo esquema en la descripción de la pasión y en cambio difieren por completo en la exposición de

49 Joachim Jeremias: *Teología de Nuevo Testamento*, tomo I, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1991, p. 347

50 1Cor 15,1-10

51 Jn 20, 14 18

52 Mt 28, 1.9 s

53 Lc 24, 13-35

54 Jn 21, 1-14

55 Hech 7, 56

las apariciones? La respuesta es la siguiente: esa diferencia radical no puede derivarse de una elaboración secundaria de los relatos de las apariciones por obra de la tradición, ni por una refundición llevada a cabo por los redactores, sino que se fundó en los mismos acontecimientos. Mientras que la pasión fue un episodio que pudo abarcarse con la mirada, durante unos pocos días, los actos de las apariciones conformaban una multitud de sucesos de la más diversa índole, que se fueron acumulando a lo largo de varios años.

No hay que olvidar, además, el aspecto apologético. La comunidad de los cristianos reaccionó a las dudas y burlas que el mensaje de la resurrección despertaba en todas partes⁵⁶. A la especie surgida muy temprano del robo del cuerpo de Jesús por sus discípulos, se opuso la leyenda de los centinelas del sepulcro⁵⁷, y la acusación contra los sacerdotes y ancianos de ser ellos los autores del robo⁵⁸. Frente a la explicación según la cual los discípulos habían sido víctimas de alucinaciones, se respondió con el relato del resucitado enseñando las marcas dejadas en sus manos y pies⁵⁹ y la herida del costado⁶⁰. Que él invitara a que le palparan⁶¹ era una demostración fehaciente de su corporeidad. Los últimos restos de duda los disipó el mismo resucitado compartiendo con los discípulos un poco de pescado que ellos le ofrecieron a solicitud suya⁶².

De modo que las narraciones de las apariciones se difundieron un poco al azar de los recuerdos de las diferentes comunidades, sobre todo con ocasión del culto eucarístico (la celebración de la Última Cena), y de manera independiente de los relatos de la pasión, los primeros que se pusieron por escrito. Estos últimos, en cambio, estuvieron siempre vinculados con el descubrimiento del sepulcro vacío. Circunstancia que le confiere cierta credibilidad al relato, puesto que no se vislumbra una voluntad de probar algo diferente a la resurrección.

Es interesante detenernos por un momento en el dato de la tumba "vacía" por su valor histórico. El hecho dejó perplejas y desconcertadas a las mujeres; y los evangelistas sintieron la necesi-

56 Hech 17.18

57 Mt 27, 62-66

58 Mt 28.13

59 Lc 24 39a

60 Jn 20, 20

61 Lc 24, 39 b; Jn 20, 27

62 Jn 24, 41-43

dad de interpretarlo "teológicamente" con el recurso literario de la presencia del ángel⁶³, que lo asocia con la resurrección. En la antigüedad y en el contexto judío, el testimonio de las mujeres era prácticamente nulo; y los textos de Mateo⁶⁴, Marcos⁶⁵, Lucas⁶⁶ y Juan⁶⁷, curiosamente, presentan a unas mujeres como únicos testigos de la tumba vacía. Parece evidente que la declaración no fue escrita con fines apologéticos, para apuntalar la resurrección. Entonces, ¿por qué son las mujeres las primeras testigos de la tumba vacía, dada la incomodidad que ese testimonio representaba para aquella mentalidad "machista"? Porque, sencillamente, fue cierto que las mujeres fueron las primeras en ver el sepulcro vacío y no quedó más remedio que consignar un dato conocido, o del dominio público. Lucas, que no era judío y no escribió para los judíos su evangelio, añade lo que fue omitido por los otros redactores: "No las creyeron. Y entonces fue Pedro a ver"⁶⁸.

Los evangelios no "describen" la Resurrección de Jesús. Es impresionante el contraste, por ejemplo, entre el *Evangelio de Pedro*, un apócrifo del siglo II, que no tiene inconveniente en narrar la salida del sepulcro⁶⁹, y los evangelistas que guardan una gran reserva sobre el punto. ¿Por qué ese silencio de los textos "oficiales"? La respuesta es simple si la consideramos desde la fe: para los evangelistas, la resurrección de Jesús tocaba al misterio de las relaciones del mismo Jesús y su Padre. En otros términos, no es necesario para quien tiene fe tantas explicaciones, es un milagro. El sepulcro abierto y el lienzo doblado aparte⁷⁰ constituyen las huellas de un misterio que supera la historia y se sumerge en el mundo mismo de Dios. Marcos lo dice sin ambages: el anuncio de la resurrección viene del cielo, no de los hombres. Es un joven vestido de blanco quien informa a las mujeres que Jesús ha resucitado y las

63 Mc 16,7ss

64 28, 2-3

65 16, 2-7

66 24, 2-69

67 20, 1-3

68 24,11-12. Durante mucho tiempo se pensó que el texto más antiguo era el de Mc 16, 1-8, pero el exegeta Pierre Benoit sostuvo que una forma más antigua se conservó en Jn 20, 1 s. Fue María Magdalena la que marchó ella sola al sepulcro a primera hora del día de pascua, y acudió seguramente para llorar. Cuando la mujer ve desde lejos que han movido la piedra a la tumba, se regresa y da a Pedro la voz de alarma, pues estaba convencida del robo de cuerpo de Jesús. Ver: P. Benoit, M.E. Boismar y J.L. Malillos: *Sinopsis de los 4 evangelios*, tomo II, Bilbao, Editorial Desclée de Brouwer, 1975, p. 413

69 Evangelio de Pedro, 9,34; 10,38

70 Jn 20, 7

invita a ver las señales de ese acontecimiento desconcertante, "el lugar donde lo habían puesto"⁷¹.

Pero la respuesta desde la historia es más complicada, como veremos a continuación.

El examen histórico sobre la resurrección

El problema que se plantea es el de si Jesús resucitó efectiva y corporalmente, y de si tal acontecimiento puede estudiarse de algún modo desde el punto de vista de la ciencia histórica. Antes hemos dicho que la resurrección es un acontecimiento que supera la historia para convertirse en misterio (milagro). La teología católica, no así la protestante⁷², ha defendido siempre con energía la unidad entre el acontecimiento y la significación, de esta forma el problema se sustrae del ámbito de lo "histórico", en razón de que la situación después de la muerte de un hombre debe ser considerada, por principio, en una dimensión distinta, porque es algo que desborda la experiencia y comprobación fáctica. Da ahí la manera imprecisa de hablar de la resurrección como un acontecimiento al "margen de la historia".

Hoy no podemos hablar con tanta nitidez de la resurrección de Jesús sin pasar previamente por la fe en el testimonio consignado en las Escrituras. Por tanto, si nos planteamos "históricamente" la pregunta: ¿Ha resucitado Jesús? nuestra respuesta será que la verdad científica de tal acontecimiento no se puede comprobar. Sin embargo, lo que sí podemos aceptar históricamente es la convicción de los apóstoles y de la comunidad primitiva de creyentes. Esa convicción la proclaman de palabra y por escrito, con toda decisión, y la mantienen firmemente hasta entregar la vida si es preciso. El libro de los Hechos trae ejemplos al respecto⁷³. Al hacer esta comprobación de que los apóstoles estaban total y absolutamente convencidos de la resurrección de Jesús y la proclamaban, surge la cuestión acerca de la credibilidad de sus testimonios. ¿Eran éstos personas sensatas, sinceras y razonables en su manera de pensar, o soñadores y visionarios crédulos que se impresionan con milagrerías, o simplemente farsantes y mentirosos? En verdad, interrogantes de tal género no nos hacen avanzar gran cosa, porque

71 Mc 16, 6

72 W. Trilling: *op. cit.*, pp. 173-175

73 Hech 2,29-34; 4, 10-11; 9, 17-19; 22,1-10

si valen para la resurrección, habría que aplicarlos a todo el Nuevo Testamento. Ese camino está plagado de inconvenientes insolubles. En efecto, si consideramos la totalidad del mensaje del Nuevo Testamento, nos vemos en grandes dificultades con respecto a la índole histórica de las fuentes, la diversidad, las interpolaciones y omisiones, etc., ya que todas las imprecisiones y diferencias deberían achacarse a una credibilidad subjetiva⁷⁴.

Pero volviendo al punto de lo que podemos aceptar como histórico, la especie según la cual los discípulos habían robado el cadáver del crucificado⁷⁵ no admite duda. Según tales acusaciones habrían sido embusteros, ladrones, profanadores de tumbas o cuando menos culpables de una credulidad infantil, por decir lo menos. Sin embargo, debemos enfrentarnos con el hecho indiscutible de que los relatos evangélicos referidos al punto se escribieron conscientemente con el objeto de desvirtuar tales calumnias⁷⁶. Dicho de otra manera, a una tendencia se respondió con la tendencia opuesta. Lo cual no prueba la falsedad del argumento del robo, pero demuestra que a la postre fue más la gente que creyó en la versión de los apóstoles. Es decir, que unas personas, después de la muerte de Jesús, afirmaron haber tenido la experiencia que calificaron de "ver a Jesús", y la reflexión condujo a tales personas y al resto de los creyentes a la interpretación de que Jesús había resucitado. Esa es la fe que ha llegado a nosotros y es lo menos que podemos aceptar como históricamente plausible.

Esto último es importante destacarlo porque ni en uno solo de los testimonios del Nuevo Testamento se describe la resurrección misma. El que más se acerca es Mateo y con un lenguaje velado. Habla de un temblor de tierra, de un ángel que hace rodar la piedra y se sienta en ella, pero no dice ni media palabra del acontecimiento mismo de la resurrección⁷⁷. Tan sólo un evangelio apócrifo posterior, el *Evangelio de Pedro*, como señalamos más arriba, se atrevió a hacerlo de manera poco creíble, situándose con ello al margen del testimonio apostólico.

¿En qué se fundamenta entonces el acontecimiento reseñado y transmitido por las Escrituras? Para responder al interrogan-

74 W. Trilling: *ibid.*, p. 181

75 Jn 20, 13ss; Mt 27, 64; 28, 12ss

76 Principalmente Mt 27, 62-66; 28, 11-15; Jn 20, 1-18

77 28, 1-6

te, tenemos que partir de los escasos datos de los evangelios que pudieran resistir el examen de su historicidad. El primero corresponde a la noticia del abatimiento de los apóstoles después de la muerte de su líder en la cruz. Pensar que las cosas no ocurrieron de esa forma, es torcer el cauce de los sentimientos humanos. El evangelio de Marcos, el más antiguo, dice que "estaban tristes y llorando"⁷⁸. En segundo lugar, está la incredulidad: no creer en el testimonio de las mujeres, tal como lo refiere el mismo evangelista⁷⁹ formaba parte de la mentalidad de la época. Que el texto reseñara otra cosa, sería sospechoso. Tampoco creen en el testimonio de los otros dos discípulos⁸⁰, luego el mismo resucitado les reprochó su incredulidad y dureza de corazón⁸¹. Si no ocurrió así como lo relata el texto de Marcos, difícilmente se puede probar que fuera una invención de la comunidad primitiva, recogida luego por el evangelista. ¿Cuál sería la razón de inventar esas historias para dejar mal parados a los propios discípulos? En tercer lugar, está el cambio rotundo que se produjo en aquellos hombres temerosos e incrédulos, en aguerridos predicadores de la resurrección de Jesús. ¿Cómo sacar entonces fuerzas para sobreponerse y súbitamente convertirse en adalides de una causa sin que tuviera algún fundamento? Se plantea entonces la cuestión de qué fue lo que pudo hacerlos pasar de un estado a otro tan claramente distinto, e impulsarlos a creer lo que creyeron y verse obligados a notificarlo. Esto nos lleva a fijar la atención sobre los relatos de las apariciones.

Las apariciones

Ahora vamos a intentar agrupar los criterios más importantes que podemos adoptar con respecto a la relación entre el acontecimiento de la resurrección en el ámbito de lo históricamente aceptable. Volvamos al relato de Pablo en su carta a los Corintios. Consiste en una escueta enumeración de las distintas apariciones, que no se mencionan en los evangelios. Hay que decir también que otras que conocemos por los evangelios, no las menciona aquí el Apóstol, pero ese problema ya lo hemos tocado antes y no guarda mayor inconveniente al objeto de nuestro análisis.

78 16, 10

79 Mc 16, 11

80 Mc 16, 12

81 Mc 16, 14

Desde el punto de vista de la antigüedad del texto, los exegetas coinciden en darle al de Pablo mayor fidelidad histórica. No entraremos en detalles para no alargar el "discurso" argumental. Pero más importante que el criterio de antigüedad es el hecho de que Pablo cite una anterior tradición de la primitiva comunidad de Jerusalén: "Os transmití en primer lugar lo que yo mismo había recibido"⁸². En aquellos tiempos, como lo hemos reseñado antes, la "transmisión" tenía el carácter de veracidad y las circunstancias y detalles eran mirados como secundarios; de modo que la enumeración de las apariciones bastaba como "prueba" de la resurrección. Cabe entonces la pregunta: ¿Qué posibilidad hay de acercarse históricamente a las apariciones, acontecimientos reseñados y transmitidos? El apóstol no menciona una, sino varias apariciones. Lo que le interesa, evidentemente, es la fuerza global de todas. Un testimonio aislado no resultaba suficiente. Eso no ocurre, por ejemplo, con la crucifixión o la sepultura. Esos hechos no requerían testigos, ni era necesario insistir en el número de éstos, cosa que habría sido perfectamente posible; pero ¿a quién le interesa probar que Jesús fue crucificado, si fue un evento tan público que ni siquiera pudo ser ocultado? Pero con las apariciones no sucedía igual, se trataba de hechos extraordinarios o por lo menos insólitos que no eran creíbles sin más. Aquí sí hacía falta la suma de las evidencias de los testigos. Algunos se mencionan nominalmente, cuando se trata de apariciones a particulares (Pedro, Santiago). En otros casos Pablo generaliza; como cuando habla de "quinientos hermanos", y "la mayoría de ellos" viven todavía, aunque algunos han muerto⁸³. Esa convicción, que los teólogos llaman la "fe pascual", se enmarca en la certeza colectiva de que el resucitado se había aparecido a mucha gente que después podía dar testimonio de esa experiencia al resto de los creyentes. Ahora bien, desde el punto de vista histórico no es posible probar una sola de esas apariciones. Sin embargo, la cantidad de testimonios no nos permite dudar razonablemente de su falsedad, aunque tampoco de su veracidad, sino que hubo gente que afirmó haber visto al resucitado. Esos relatos no tienen paralelo en la literatura antigua y extrabíblica. Es completamente inútil compararlos con el material que nos suministra la historia de las religiones, cuando nos habla de epifanías de los dioses o cuando se estudian los mitos de dioses que mueren y resucitan. La originalidad pudiera ser tomada, aunque con reserva, como criterio de veracidad. Pero si hacemos cuidadosamente la comparación podemos averiguar con

82 1Cor 15,3

83 1Cor 15,6

bastante certeza qué es lo típico de estas historias de apariciones. De acuerdo a ciertas leyes de la narración popular entre los judíos, hay estructuras que se repiten: por ejemplo, la duda inicial y la realidad más o menos acentuada del parecido y los gestos del resucitado con el Jesús que habían conocido en vida. Otros elementos se encuentran de vez en cuando, como el saludo de la paz y la bendición. Pero todos esos relatos no pretenden "probar" nada en el sentido moderno del término, sino ofrecer el testimonio de la fe de los discípulos que vivieron la experiencia o escucharon a los que la habían vivido. De modo que no es posible armonizar la actitud de esos discípulos con alguna verdad histórica comprobable documentalmente, pues la carga de la prueba recae no en la evidencia fáctica sino en la propia palabra de quien suscribió el testimonio.

No obstante, a la pregunta por el contenido histórico de las apariciones, según los propios documentos del Nuevo Testamento, lo que se tiene en claro es que unos testigos experimentaron ver al crucificado. Más exactamente, deberíamos formular la afirmación así: unos testigos aseguran, después de la muerte de Jesús, haberlo visto a él. Ahora bien, de esa experiencia de "ver" que unos testigos aseguran haber tenido, la comunidad cristiana primitiva llegó a la convicción de que Jesús había resucitado, como un acontecimiento realmente sucedido.

Los límites entre lo que la gente creyó sobre la base del testimonio de otros y lo que realmente ocurrió, no pueden establecerse con arreglo a un tipo de verificación empírica distinta a la que nos permite el análisis de los textos del Nuevo Testamento o en el peor de los casos, con los escritos llamados apócrifos. En último término las verdades de la religión aunque admiten el examen de la razón, precisamente por la naturaleza de sus contenidos no pueden ser objeto de análisis conducente a su demostración, aunque tampoco a su negación.